

Tortura y verdad

Mark Danner

Mark Danner es profesor de Periodismo en la Universidad de California, en Berkeley, así como en el Bard College. Durante mucho tiempo colaboró en The New Yorker. Es autor de *The Massacre at El Mozote* y *The Road to Illegitimacy*. Este artículo se publicó en dos entregas en The New York Review of Books, vol. 51 n.º 10 (10 junio 2004) y vol. 51 n.º 11 (24 junio 2004).

C NYRB.

En noviembre del año pasado, estando en Irak, viajé a Faluja durante los primeros días de la llamada «ofensiva del Ramadán» —cuando terroristas suicidas hicieron explotar coches bomba, en menos de una hora, en el cuartel general de Cruz Roja y en cuatro comisarías de policía, se duplicaron los ataques de los insurgentes contra soldados de los Estados Unidos, y la aventura americana en Iraq entró en un oscuro túnel del que todavía no ha salido. Pregunté a un joven por qué la gente de la ciudad atacaba cada día más a los americanos. ¿Cuántos de aquellos ataques los llevaban a cabo combatientes extranjeros? ¿Cuántos los islamistas locales? ¿Cuántos los que los americanos llamaban FRL (fieles al régimen anterior)?

El joven —le llamaré Salih— escuchó y me contestó pacientemente en su inglés limitado, pero elocuente. En seguida se impacientó con lo que, sencillamente, consideraba que era una obsesión mía, muy típicamente americana, por distinciones y etiquetas. Interrumpió mi letanía de preguntas, acercó su cara a la mía y habló lenta y enfáticamente:

Para los habitantes de Faluja, es una *vergüenza* que los extranjeros echen abajo las puertas de sus casas. Es una *vergüenza* que los extranjeros den el alto a sus mujeres y las registren. Es una *vergüenza* que unos extranjeros les pongan una bolsa en la cabeza o que les tiren al suelo y les pisen el cuello. Es una gran *vergüenza*, ¿lo entiendes? Es una gran *vergüenza* para toda la familia.

El *deber* de ese hombre, y de esa familia, es vengarse del soldado: matarle. Su deber es atacarle, para *limpiar la vergüenza*. La vergüenza es una *mancha*, una cosa sucia: tienen que *limpiarla*. No hay descanso posible: no podemos dormir hasta que no cumplamos la venganza. Tienen que matar soldados.

Se recostó un momento y me miró, antes de volver a decirme: «Los americanos *provocan* a la gente. No *respetan* al pueblo».

Pensé en Salih y en su impaciencia, mientras hojeaba los informes del general Taguba y de la Cruz Roja ①, que no sólo se refieren a los «abusos» y a las «atrocidades», sino que analizan toda la «liberación» americana en conjunto, y qué es lo que no ha funcionado. Son informes que nos llegan desde el escenario mismo de un desastre político. Me acordé de Salih, sobre todo, al leer una de las secciones menos escabrosas del informe de Cruz Roja, titulada «Tratamiento durante el arresto», en que los autores anónimos explican cómo los iraquíes a quienes habían entrevistado describían un «modelo bastante uniforme... de brutalidad por parte de los miembros de las fuerzas de la Coalición que les arrestaban»:

Las autoridades que les detenían entraban en las casas después del anochecer, echando abajo puertas, despertando a los residentes con rudeza, gritando órdenes, obligando a los miembros de la familia a esperar juntos en una habitación mientras ellos registraban el resto de la casa y rompiendo puertas, armarios y otras propiedades. Detenían a los sospechosos, atándoles las manos a la espalda con esposas flexibles, encapuchándoles y llevándoselos. A veces arrestaban a todos los hombres adultos de una casa, incluyendo los viejos, los minusválidos y los enfermos... empujándoles, insultándoles, enseñando los rifles, pinchándoles, dando patadas y atacando con los rifles.

Evidentemente, la guerra es así: aquellos soldados tenían que recoger información, encontrar insurgentes y aplastar una rebelión. Por muy terribles que fueran aquellos arrestos nocturnos, los iraquíes podían, como mínimo, contar con que esos soldados tenían alguien

① Artículo 15-6 de la *Investigación de la Brigada de Policía Militar 800* (Informe Taguba), por el General Mayor Antonio M. Taguba. Informe del Comité Internacional de Cruz Roja (CICR) sobre el *Tratamiento de las fuerzas de la coalición a los prisioneros de guerra y otras personas protegidas por la Convención de Ginebra en Irak durante su arresto, internamiento e interrogatorio*, por Delegados del Comité Internacional de la Cruz Roja, febrero de 2004.

a quien rendir cuentas, unos oficiales al cargo, una cadena de mando clara y unas bases a las que uno podía ir a quejarse. Al fin y al cabo, eran americanos. Y, sin embargo...

En casi todas las instancias... las autoridades responsables de las detenciones no informaban sobre a quién habían detenido, dónde les habían alojado, ni cuáles eran los cargos. Tampoco solían informar al arrestado ni a su familia sobre adónde se lo llevaban, y por cuánto tiempo, de manera que, de hecho, el detenido «desaparecía»... A muchas familias no les llegó ningún tipo de noticia sobre la persona en muchos meses, y llegaron a temer por su vida.

Podemos pasar por alto la palabra «desaparecidos», con toda la carga simbólica que arrastra, y argumentar, una vez más, que la guerra es así: los insurgentes no paraban de matar soldados americanos, y tenían que ser encontrados como fuera, aunque ello significara que uno o dos civiles inocentes acabaran siendo devorados por el sistema. Sin embargo, en este punto tropezamos con una frase bastante corta:

Algunos oficiales de inteligencia militar [de las fuerzas de la Coalición] dijeron al CICR que calculaban que *del 70 al 90 por ciento de las personas privadas de libertad en Irak, lo habían sido por error. (La cursiva es nuestra.)*

En otoño de hace dos años, dentro de los muros de Abu Ghraib había más de ocho mil iraquíes –justo cuando la guerra se calentaba y los soldados americanos buscaban afanosamente «información procesable», haciendo redadas nocturnas en casas iraquíes, echando abajo puertas y llevándose prisioneros encapuchados en plena noche. ¿Es posible que un 70 o 90 por ciento de ellos fueran «detenidos por error»? Y, si ese dato es cierto, entre todos los cuerpos desnudos y apilados que los televidentes y los lectores de periódicos de todo el mundo han podido observar, cuáles eran los detenidos por error? ¿Quizá los siete cuerpos apilados en aquel gran ovillo humano, con las nalgas y los genitales expuestos ante la cámara? ¿O los cuerpos atados unos a otros en el suelo? ¿O el cuerpo contra los barrotes, con los perros policía ladrándole a la cara?

Imaginemos el cuerpo desnudo con la capucha como único atuendo y las manos juntas en la cabeza: la soldado Lynndie England, la famosa chica de la correa, enseña el cuerpo como un vendedor de coches mostraría el nuevo modelo del año, sonriendo a la cámara, señalando sus genitales con la mano derecha y levantando el pulgar de la izquierda. Este cuerpo pertenece a Hayder Sabbar Abd, un chiíta de 34 años nacido en Nasiriya, también conocido como preso número 13.077 de Abu Ghraib. En junio del año pasado, según el *The New York Times*, Abd, al tropezar con un punto de control militar, «intentó salir del taxi que conducía». Un comportamiento sospechoso, más todavía si tenemos en cuenta que Abd había formado parte del ejército iraquí durante dieciocho años, y una parte de ese tiempo había servido en la Guardia Republicana. Los americanos le llevaron a un centro de detención del aeropuerto de Bagdad, de allí a la prisión de alta seguridad militar de Um Qasr y, finalmente, tres meses después, a Abu Ghraib. Fue una extraña odisea a través del Irak ocupado, más extraña todavía si pensamos que, según Abd, a lo largo de todo este tiempo «nunca fue interrogado, ni le dijeron los cargos que había contra él». «La verdad es –declaró a Ian Fisher, del *The New York Times*–, que no éramos terroristas. No éramos insurgentes. Éramos gente de la calle. Y la inteligencia americana lo sabía».

Mientras escribo esto, todavía no sabemos lo que «la inteligencia americana sabía» –aparte de algunas pinceladas aquí o allá, estos hechos tan graves no han aparecido en ningún informe, ni tampoco en las comparencias públicas del secretario de Defensa Donald Rumsfeld o de otros oficiales. El general Taguba, siguiendo sus órdenes, se limita a descri-

bir las actividades de la policía militar, desventurados amateurs a quienes se les «encomendaba» «preparar las condiciones físicas y mentales para favorecer el interrogatorio de testigos», y cuyo trabajo, gracias a la fotografía digital, ha sido exhibido tan gráficamente a los ciudadanos de todo el mundo. Son esas fotografías las que nos han permitido conocer de primera mano lo que le ocurrió a Abd una noche de principios de noviembre, después de una pelea entre internos, cuando a él y a otros seis hombres les llevaron a los que se conocía como «el sitio duro» de Abu Ghraib, el ala donde se alojaban los prisioneros más peligrosos:

Los siete hombres estaban encapuchados –dijo– y empezaron a propinarles una paliza. «Nos golpearon la cabeza contra las paredes y las puertas», dijo. «No lo sé exactamente, porque no podía ver nada». Dijo que le habían fracturado la mandíbula, lo suficiente para que tuviera problemas para comer. En total, calcula que debió recibir unos 50 golpes en unas dos horas.

«Entonces el intérprete dijo que nos desnudáramos». «Le dijimos: “Tú, que eres egipcio, y musulmán, sabes que los musulmanes no podemos hacer eso”. Cuando nos negamos a quitarnos la ropa, nos pegaron y nos la rasgaron con una cuchilla».

Aquí es donde aparecían las fotografías de las torturas, que han dado la vuelta al mundo. Rápida e impasiblemente, empezó a señalar a todos sus amigos: Hussein, Ahmed, Hashim –desnudos, encapuchados, doblados unos sobre los otros.

Se vio a sí mismo, degradado hasta el extremo: desnudo, con la mano en los genitales y una mujer soldado, que en otro informe fue identificada como la soldado Linnie England, señalándole y sonriendo con el cigarro en la boca. Abd dijo que uno de los soldados le había quitado la capucha, y el intérprete le ordenó que se masturbara mirando a England...

«Ella se reía, y se tocaba los pechos», dijo Abd. «Yo no podía, claro. Les dije que no podía, y me golpearon el estómago, y caí al suelo. El intérprete me dijo: “¡Hazlo! ¡hazlo! Es mejor eso que dejar que te peguen”. Les dije: “¿Y cómo voy a hacerlo?” Me llevé las manos al pene, haciendo como si me masturbara».

En todo momento, dijo, el flash de la cámara iluminaba la tenue habitación que había guardado a los prisioneros de Saddam Hussein...

Este tipo de escenas, según el presidente Bush, «no representan a América». Pero, ¿qué es lo que, para los iraquíes, representa a América? Para Salih y otros iraquíes, estas imágenes son la extensión lógica del tratamiento que han visto día a día bajo una ocupación militar que empezó duramente y que se ha ido haciendo, bajo la presión de la insurgencia, cada vez más brutal. Como me dijo otro joven iraquí en noviembre, «los ataques sobre los soldados han hecho que el ejército cerrara filas. Sales fuera y siempre hay un tío en un *Humvee* apuntándote con una ametralladora. Aprendes a levantar las manos y darte la vuelta. Llegas a odiar a los americanos.»

Evidentemente, éste es uno de los objetivos principales de los insurgentes: no pueden derrotar militarmente a los americanos, pero pueden derrotarlos políticamente. Para los insurgentes, el camino hacia la victoria estriba en hacer que la fuerza de ocupación les haga el trabajo político; los insurgentes preparan emboscadas contra los convoyes americanos con «artefactos explosivos improvisados» situados en las barriadas de la ciudad, para que los americanos maten o hieran a los civiles, en respuesta, o para que los encarcelen en lugares como Abu Ghraib. Los insurgentes pretenden poner a los numerosos y atareados soldados americanos bajo un temor y una tensión constantes para que acaben maltratando a los iraquíes hasta hacerse odiosos.

Los métodos empleados en Abu Ghraib jugaron un papel muy importante en dicho proyecto, tal como se demuestra en los informes. Si los americanos oyeron hablar por vez primera de este tipo de «abusos» después de que se hicieran públicas las fotografías, los ira-

quies ya hacía meses que conocían la situación en Abu Ghraib y otras cárceles, cuyas noticias se habían difundido por todo el país. Y, si los iraquíes, con la intensa experiencia de Abu Ghraib y los objetivos que se perseguían para el imaginario nacional, no consideraban que aquellos métodos fueran «abusos», tampoco lo hacían los investigadores de la Cruz Roja:

Estos métodos de coerción física y psicológica *eran utilizados por la inteligencia militar de manera sistemática para conseguir confesiones y extraer información*, o para otras formas de cooperación de personas que habían sido arrestadas en relación a supuestas ofensas en materia de seguridad, o se les suponía «valor informativo». (La cursiva es nuestra.)

¿Cuáles eran estos «métodos de coerción física y psicológica», según la Cruz Roja?

- Encapuchar a los prisioneros, para evitar que pudieran ver, y desorientarlos, así como para dificultar su respiración. Una o dos bolsas, a veces, a menudo con una venda elástica sobre los ojos que, al bajarla, también impedía respirar. Los encapuchamientos se conjugaban con las palizas, cosa que aumentaba su sensación de ansiedad, porque el detenido no sabía cuándo iba a recibir el golpe. La práctica de encapuchar al interno, además, permitía a los interrogadores permanecer en el anonimato y, así, actuar con más impunidad. Los prisioneros podían estar encapuchados unas horas o, incluso, dos o cuatro días seguidos...
- Esposarlos con esposas flexibles, pero tan fuertemente atadas y durante periodos tan largos que les provocaban lesiones cutáneas y efectos secundarios de larga duración en las manos (nervios dañados), como observó el CICR.
- Darles palizas con objetos duros (incluyendo pistolas y rifles), pegar, golpear con el puño, dar patadas o golpes de rodilla en diferentes partes del cuerpo (piernas, costados, espalda, ingle)...
- Exponer los cuerpos desnudos fuera de las celdas, delante de otras personas detenidas, guardias, a veces encapuchados o con bragas de mujer en la cabeza...
- Atarlos repetidamente y durante varios días, con las esposas atadas a los barrotes de la celda en posturas humillantes (desnudos o en ropa interior) y/o incómodas, que les causaran dolor físico.
- Exposición de los encapuchados a ruidos o música estridente, y la exposición prolongada al sol, también encapuchados, durante las horas más calurosas del día, cuando las temperaturas alcanzaban 122 grados Fahrenheit, o más.
- Obligarlos a permanecer en posturas estresantes durante horas (en cuclillas o de pie con los brazos en alto o no).

Los autores del informe de Cruz Roja destacaron que, cuando visitaron la «sección de aislamiento» de Abu Ghraib a mediados de octubre de 2003, «fueron testigos directos de una gran variedad de métodos que aseguraban la cooperación» de los prisioneros, entre las que había la práctica de «dejarlos completamente desnudos en celdas vacías, y en medio de una oscuridad total...». Cuando los delegados de Cruz Roja «pedían una explicación de las autoridades... el oficial de inteligencia militar a cargo del interrogatorio les explicaba que aquella práctica formaba “parte del proceso”».

El delegado médico del CICR examinó personas que presentaban síntomas de dificultades de concentración, problemas de memoria, dificultades de expresión verbal, discurso incoherente, reacciones de ansiedad aguda, comportamiento anormal y tendencias suicidas. Estos síntomas, según parece, eran causados por los métodos y por la duración de los interrogatorios.

Este «proceso» no es nuevo. De hecho, como ha ocurrido con la mayoría de nuevas historias presentadas como «revelaciones» durante los últimos meses, ya ha aparecido antes en la prensa americana. Después de la detención, en Pakistán, hace más de un año, de Khalid Sheik Mohammed, el jefe de operaciones de Al-Qaeda, «los altos oficiales americanos» declararon a *The New York Times* que “no utilizarían la tortura física contra Mohammed”:

Dijeron que su interrogatorio se basaría en lo que llaman técnicas aceptables, como la privación del descanso o de la luz, y el retiro temporal de comida, agua y acceso a la luz solar y a la atención médica.

Los oficiales americanos reconocieron que dichas técnicas se habían aplicado recientemente, como parte del interrogatorio de Abu Zubaydah, el más alto operativo de Al-Qaeda detenido hasta que capturaron a Mohammed. A Zubaydah, por ejemplo, le retiraron los analgésicos, pese a que había recibido diversos impactos de bala durante su captura en Pakistán.

En el mismo artículo, publicado hace más de un año, buen número de oficiales americanos discutieron sobre los «métodos y técnicas» aplicados en interrogatorios en la base aérea de Bagram, en Afganistán, o en Guantánamo y en otras prisiones secretas que mantienen detenidos a los miles de presos capturados desde los ataques del 11 de septiembre:

Las técnicas habituales incluyen cubrir la cabeza de los sospechosos con capuchas negras durante horas, forzarlos a estar de pie o arrodillados en posturas incómodas, en condiciones extremas de frío o calor... En algunos casos, según los oficiales americanos, utilizan a las mujeres como interrogadoras, para humillarles...

La desorientación es un instrumento en los interrogatorios. Para ello, el edificio, un simple hangar, es iluminado veinticuatro horas al día, haciendo imposible el descanso, dijo Muhammad Shah, un campesino afgano que estuvo preso trece días.

Para el coronel King, usar la iluminación, los ruidos y la restricción visual es legítimo, y alterar, sin previo aviso, el tiempo entre las comidas, para hacer perder la noción del tiempo al detenido, también. Dijo que la privación del descanso entraba “probablemente en lo normal...”.

Dos ex prisioneros dijeron que les habían obligado a quedarse de pie con las manos encadenadas al techo y grilletes en los pies en las celdas de aislamiento.

Los «métodos de coerción física y psicológica» de los que fueron testigos los delegados de Cruz Roja en Abu Ghraib eran, de hecho, tal como les indicó el «oficial de inteligencia militar al mando de la operación», simplemente «parte del proceso» desplegado por los interrogadores americanos en las diversas cárceles secretas americanas de todo el mundo, desde el 11 de septiembre del 2001. Lo que separa Abu Ghraib del resto no son los «métodos de coerción física y psicológica utilizados» sino el hecho de que, bajo la presión creciente de la guerra, la acuciante necesidad de información y la falta de tropas y de otros recursos en Irak, policías militares como la soldado raso England, con poca o ninguna experiencia en este sentido, eran incorporados a la labor de «ablandar» a los prisioneros y, según el informe Taguba, establecer las «condiciones para una explotación exitosa de los internos». Por eso, cuando le preguntaron a la especialista Sabrina Harman sobre el prisionero que estaba en una caja con cables eléctricos atados en los dedos de las manos, de los pies y en el pene, en una imagen famosa que ha dado la vuelta al mundo, contestó que su trabajo era «mantener despierto al detenido», porque la IM [Inteligencia Militar] quería hacerle hablar», y que su trabajo, y el de sus colegas, era «actuar para que la IM y las OAG [Otras Agencias Gubernamentales, un eufemismo para designar a la CIA] hicieran hablar a esa gente». La policía militar que, como destaca el general Taguba, «no estaba entrenada para realizar interrogatorios», recibía órdenes como estas (según el sargento Javal S. Davis): «aflójanos a este tío»; «que pase una mala noche»; «asegúrate de que recibe el tratamiento».

Por lo que respecta a los métodos no habituales que se usaron en Irak (romper luces fluorescentes y rociar a los detenidos con el líquido; utilizar a perros del ejército para intimidar y para aterrorizar a los detenidos; pegar a los detenidos con el mango de una escoba y con una silla; amenazar a los hombres detenidos con la violación; sodomizar a los dete-

nidos con tubos fluorescentes y mangos de escoba) y el resto de cosas que recoge pacientemente la triste letanía del informe Taguba, según el sargento Davis, «se suponía que, si estaban haciendo algo fuera de lo común o fuera de guión, alguien debía haber dado la orden. Como todo ello era competencia de la IM y parecía que el personal de IM estaba de acuerdo con los abusos...».

Algunos de los jóvenes americanos que nos sonreían desde las fotografías pronto serán juzgados. No es nada probable que los que dirigieron «el proceso» y dieron las órdenes se enfrenten a los mismos tribunales. Los iraquíes lo saben, aunque los americanos no. La pregunta es si los americanos han ido lo suficientemente lejos desde los acontecimientos del 11-S como para ir más allá de las fotografías, que sólo muestran a los siervos amateurs del «proceso», y han mirado directamente al proceso en sí, el proceso que continúa diariamente en Abu Ghraib, Guantánamo, Bagram y otras cárceles secretas de Irak y de todo el mundo.

Hasta la fecha, los verdaderos actores de esas escenas morbosas, que son profesionales y que, sin duda, están avergonzados por la estridente brutalidad de sus aprendices de la policía militar, han permanecido al margen. Ninguno de ellos ha testificado. La pregunta que podemos formularnos a partir de ahora, mientras los especialistas Jeremy Sivits y otros jóvenes americanos se enfrentan a tribunales castrenses en Bagdad, es si los americanos seremos o no capaces de enfrentarnos a una verdadera revelación. Debemos mirar directamente las fotografías y preguntar: ¿qué ha cambiado: sólo lo que sabemos, o lo que estamos dispuestos a saber?

La lógica de la tortura

1

Por ahora, hemos oído las declaraciones de quince de los oficiales de alto rango involucrados en toda la operación, desde el secretario de Defensa a los generales al mando, y nadie sabía que algo no iba bien, nadie aprobó nada malo, y nadie hizo nada incorrectamente. Aceptamos la responsabilidad por los hechos, pero no podemos culpar, concretamente, a nadie, excepto a los que estaban en la base de todo, en una de las prisiones.

(Senador Mark Dayton, demócrata de Minnesota, Comisión de Servicios Armados, 19 de mayo de 2004).

Lo más difícil es separar lo que ahora mismo sabemos de lo que hemos sabido siempre, pero hemos optado por no admitir. Pese a que los eventos y revelaciones de las últimas semanas han tomado el carácter del típico escándalo de Washington (incluyendo audiencias en el Congreso, filtraciones diarias a los periodistas procedentes tanto de las víctimas como de los acusados y, sobre todo, las llamativas y espectaculares imágenes de Abu Ghraib), más allá de la claridad de las revelaciones queda una zona oscura de poca transparencia infor-

mativa. Detrás de la exótica brutalidad tan concienzudamente registrada en Abu Ghraib, y de las múltiples líneas de investigación trazadas, que serán verificadas a lo largo de las próximas semanas o meses, por lo que respecta a la responsabilidad, al conocimiento y a la culpabilidad, radica una simple verdad, bien conocida pero no públicamente admitida en Washington: que, desde los ataques del 11 de septiembre de 2001, oficiales de los Estados Unidos, en diferentes lugares del mundo, de Bagram, en Afganistán, hasta Guantánamo, en Cuba, o Abu Ghraib, en Irak, han torturado a prisioneros. Lo hacían, utilizando la feliz expresión que acuñó el informe del general Taguba, para «explotarles con el objeto de obtener información procesable», y lo hicieron, en la medida de lo posible, con la aprobación institucional del Gobierno de los Estados Unidos, con el informe especial del consejo del presidente y con decisiones promulgadas oficialmente. Por ejemplo, en los casos de Afganistán y de Guantánamo, se declaró la no aplicabilidad a estos prisioneros de la Convención de Ginebra y, en el caso de Irak, definieron tres tipos de interrogatorios, dos de los cuales estaban inspirados en prácticas anteriores que habían tenido lugar en Afganistán y Cuba ②. Lo hicieron bajo la mirada de los inspectores de Cruz Roja, cuyos informes confidenciales (que, después de destacar que «la inteligencia militar utilizaba métodos de coerción física y psicológica de manera sistemática, para conseguir confesiones y para extraer información», y a continuación describía dichos «métodos» crueles y repugnantes con todo lujo de detalles) fueron entregados a las autoridades militares y gubernamentales americanas, y luego misteriosamente «se perdieron en el camino de la burocracia militar y no llegaron a las instancias adecuadas» ③. Por lo menos, esto es lo que explicaron tres de los más altos cargos militares a los senadores, en la Comisión de Servicios Armados, el 19 de mayo de 2004. Ese mismo día, un anónimo «alto oficial del ejército que rindió sus servicios en Irak» dijo a los periodistas de *The New York Times* que, de hecho, el ejército sí que había hecho caso de aquel informe de Cruz Roja, «haciendo lo posible por restringir las inspecciones sobre el terreno que las organizaciones internacionales pretendían realizar a la prisión»:

Después de que el Comité Internacional de Cruz Roja observara abusos en uno de los edificios, en dos inspecciones por sorpresa realizadas durante el mes de octubre, y se quejara de ellas por escrito el 6 de noviembre, el ejército respondió que los inspectores debían solicitar cita previa antes de presentarse en la prisión. En aquella zona se producían los mayores abusos... La general de brigada Janis Karpinski, comandante de la Brigada de Policía Militar 800, cuyos soldados custodiaban a los prisioneros, dijo que, pese a las serias acusaciones contenidas en el informe de Cruz Roja, los altos oficiales de Bagdad se las habían tomado muy «a la ligera» ④.

¿Por qué aquellos altos oficiales habían tomado «muy a la ligera» las graves acusaciones de Cruz Roja, que hoy atraen la atención de la opinión pública mundial? La respuesta más plausible puede ser que lo hicieron, no porque fueran irresponsables, ni incompetentes, ni intrínsecamente malvados, sino porque eran conscientes de que ese informe –como todos los demás que había realizado Cruz Roja, Amnistía Internacional, Human Rights Watch u otras organizaciones conocidas– no cambiaría el rumbo de la actuación del ejército americano en Irak.

Los oficiales sabían perfectamente que no importaban las observaciones o los informes de los investigadores de Cruz Roja: las decisiones políticas americanas en la prisión de Abu Ghraib andaban por otros derroteros, y eran autorizadas, a medida que la insurgencia ganaba peso en Irak, y con ella también la necesidad de más «información procesable», por sus comandantes de rango más elevado –entre ellos, el teniente general Ricardo Sánchez, comandante general de Irak, que el 12 de octubre (es decir, al mismo tiempo que

② «Altos oficiales han declarado que sólo en Abu Ghraib fueron practicados al menos tres tipos de interrogatorio en momentos distintos: los citados en los manuales de campaña del ejército, los que llevaban a cabo interrogadores que habían trabajado antes en Afganistán y un tercero elaborado por el mando general en Irak según las prácticas desarrolladas en Guantánamo» (Craig Gordon, «High-Pressure Tactics: Critics Says Bush Policies –Post 9/11 – Gave Interrogators Leeway to Push Beyond Normal Limits», *Newsday*, 23 mayo 1994).

③ Edward Epstein, «Red Cross Reports Lost, General Say: 'The System is Broken', Army Commander Tells Senate Panel about Abu Ghraib Warnings», *San Francisco Chronicle*, 20 mayo 2004.

④ Douglas Jehl y Eric Schmitt, «Officer Says Army Tried to Curb Red Cross Visits to Prison in Iraq», *The New York Times*, 19 mayo 2004.

los investigadores de Cruz Roja llevaban a cabo sus inspecciones por sorpresa) firmaba un memorándum clasificado reclamando a los interrogadores en Abu Grahیب que trabajasen con los policías militares para manipular «las emociones y las debilidades de los internos», y para asumir el control sobre la «iluminación, calefacción... alimentación, vestido y abrigo» de aquellos a quienes interrogaban ⑤.

⑤ Jeffrey Smith, «Memo Gave Intelligence Bigger Role: Increased Pressure Sought on Prisoners», *The Washington Post*, 21 mayo 2004.

Seis semanas después, la general Karpinski escribió a los representantes de Cruz Roja que «necesidades militares» exigían el aislamiento de los prisioneros con «valor informativo significativo», quienes, según decía ella misma, «no podían disfrutar de la plena protección que les garantizaba [la Convención de Ginebra]», pese a que la administración Bush había manifestado que la Convención sería «plenamente aplicable» en Irak ⑥. Ahora tenemos muchas pruebas de cómo los policías militares de Abu Ghraib, que, según el sargento Samuel Provance (uno de los primeros que hizo declaraciones a la prensa) habían recibido la orden de «desnudar a los prisioneros y avergonzarlos, como medio de “derrumbarlos psicológicamente”» ⑦, intentaron, por gusto o por la fuerza, cumplir dichas órdenes.

⑥ Douglas Jeji y Neil A. Lewis, «US Disputed Protected Status of Iraq Inmates», *The New York Times*, 23 mayo 2004.

⑦ Josh White y Scott Higham, «Sergeant Says Intelligence Directed Abuse», *The Washington Post*, 20 mayo 2004.

2

Podemos empezar con la historia del prisionero anónimo que, el 21 de enero de 2004, hizo una declaración jurada, que recogió el *The Washington Post*, a la División de Investigación Criminal del ejército, sobre su estancia en Abu Grahیب:

El primer día me llevaron a una habitación oscura y empezaron a golpearme la cabeza, el estómago y las piernas.

Me hicieron levantar las manos y arrodillarme. Estuve cuatro horas en esa postura. Entonces vino el Interrogador y me miraba mientras me pegaban. Me dejaron cinco días en aquella habitación, desnudo y sin ropa... Me esposaron y me ataron con los puños en alto durante 7 u 8 horas. Tuve una rotura de muñeca, me corté y sangraba y me salía pus de la herida. Me dejaron así el 24, 25 y 26 de octubre. Los días siguientes, me pusieron una bolsa en la cabeza y, evidentemente, estuve sin ropa y no me dieron un sitio para dormir. Un día de noviembre cambiaron de castigo. Un policía americano vino a la habitación y me tapó la cabeza con una bolsa, me esposó y me sacó al pasillo. Empezó a pegarme, él y otros cinco policías americanos. Sólo alcanzaba a verles los pies, por debajo de la bolsa.

Dos de esos policías eran mujeres, porque las oía, y vi a dos de ellos antes de que me taparan la cabeza. Uno llevaba gafas. No pude leer su nombre, porque se lo tapó con cinta aislante. Algunas de las cosas que hacían era sentarme como a un perro y estirar la cinta de la bolsa, como si fuera un collar, mientras me obligaban a ladrar. Aquello les hacía reír... Uno de los policías me pedía que me arrastrara, en árabe. Empecé a arrastrarme sobre el estómago y los policías me escupían y me pegaban... Entonces empezaron a golpearme los riñones, me pegaron en la oreja y empecé a sangrar hasta que perdí el conocimiento.

(...)

Unos días antes de este incidente, el policía de las gafas me puso unas bragas rojas en la cabeza. Me ató a la ventana de la celda con las manos en la espalda hasta que perdí el conocimiento. También, mientras estaba en la habitación número 1, me dijeron que me tumbara boca abajo y empezaron a saltar desde la cama al suelo, encima de mi espalda y de mis piernas. Los otros dos me escupían y me llamaban de todo, y me sujetaban las manos y las piernas. Cuando el de las gafas se cansó, dos de los soldados americanos me arrastraron por el suelo y me ataron las manos a la puerta tumbado boca abajo. Uno de los policías me orinó encima y empezó a reír... Y el soldado y su amigo me gritaron que me echara al suelo, y lo hice. El policía me abrió de piernas, con la bolsa en la cabeza, y se arrodilló entre mis piernas, y yo le miraba por debajo de la bolsa y supe que querían follarme porque se desabrochaba los pantalones, entonces empecé a gritar con todas mis fuerzas y los otros policías empezaron

a darme patadas en el cuello, y me puso el pie sobre la garganta para que no pudiera gritar... Pusieron en marcha los altavoces de la celda y cerraron la puerta, y él empezó a gritarle al micrófono... Me llevaron a la habitación y me indicaron que me tendiera en el suelo. Y uno de los policías me metió el bastón que siempre lleva por el ano, unos 2 cm aproximadamente. Y yo empecé a gritar, lo sacó y lo lavó con agua en la habitación. Entonces, dos chicas americanas que estaban presentes durante la paliza, empezaron a golpearme el pene con una pelota de esponja. Y mientras estaba atado en mi habitación, una de las chicas, que era rubia, y blanca, jugaba con mi pene... Y me sacaban fotografías en todo momento @.

⑧ Véase «Translation of Sworn Statement Provided by..., Detainee X..., 1430/21 Jan 04», que se puede obtener con otras trece declaraciones de iraquíes en «Sworn Statements by Abu Ghraib Detainees», <www.washingtonpost.com>. El nombre ha sido omitido por *The Washington Post* porque el testigo es «presunta víctima de un ataque sexual».

¿Qué puede uno hacer después de esta pesadilla dantesca? La mera extravagancia de la brutalidad puede llevarle a uno a pensar que dichos actos, en caso de no ser fantasías, deben ser producto de una mente especialmente sádica –y que, de hecho, como mantiene todavía el ejército, estamos hablando de los abusos de una media docena de seres con una personalidad inestable, dejados sin supervisión alguna, con la conciencia corrupta y oscurecida por el estrés de una guerra y la nostalgia del hogar, y por el poder virtualmente ilimitado que se les otorgó. El hecho de que los abusos que describieron muchos otros detenidos de Abu Ghraib en sus declaraciones juradas, y que aparecieron en las fotografías, coincidieran con lo que acabamos de transcribir, no derrumba la teoría de las «pocas manzanas podridas», que esgrime el ejército; al contrario, puede que esa media docena de sinvergüenzas aterrorizaran a toda la prisión, infligiendo todo tipo de actos horrendos a quienes les venía en gana. Pero he aquí que nos encontramos con un informe, escrito por el delegado de la Agencia Reuters en Bagdad y publicado en la revista *Editor and Publisher*, sobre el tratamiento dispensado por los americanos a tres empleados iraquíes de Reuters –dos cámaras y un chofer– que filmaban cerca de donde tenía que aterrizar un helicóptero de los EEUU en los alrededores de Faluja, a principios de enero, cuando llegaron las tropas de la 82ª División Aérea:

Cuando se les acercaron los soldados, estaban apoyados en su coche, un *Opel* azul. Salem Uraiby [un cámara que llevaba 12 años trabajando para Reuters], gritó: «Reuters, Reuters, journalist, journalist’. Muy cerca de ellos sonó un disparo, como mínimo.

Les echaron al suelo y los soldados les pusieron las pistolas a bocajarro. Registraron su coche. Los soldados encontraron la cámara con todo su equipo, pases de prensa, pero ni una sola arma. Les esposaron la manos en la espalda y les hicieron subir, de mala manera, a un *Humvee*, tirados por el suelo.

Cuando llegaron a la base americana (es decir, a Voltorno, cerca de Faluja) les dejaron en una sala de espera con otros 40 prisioneros, en una amplia habitación con algunas ventanas abiertas. Hacía un calor asfixiante...

Los encapuchaban y les volvían a destapar. Les ponían música ensordecedora en unos altavoces directamente sobre las orejas, y les obligaban a bailar por la habitación. A veces, mientras lo hacían, los soldados disparaban flashes directamente a los ojos, o les golpeaban con ellos. Les obligaban a acostarse en el suelo y contornearse al ritmo de la música. Les obligaban a hacer flexiones y a levantarse rápidamente desde la posición de cuclillas, y a volverse a poner de cuclillas rápidamente.

Los soldados pasaban por su lado y les murmuraban cosas al oído... Salem dice que le susurraron que querían practicar el sexo con él, y que le decían «venga, va, sólo dos minutos». También le decían que debería llevar a su mujer, para practicar el sexo con ella...

Los soldados les susurraban al oído: «Uno, dos, tres...» y luego les gritaban muy fuerte. Esto duró toda la noche... Ahmad dice que, por la mañana, se desplomó. Saltar se desplomó después de Ahmad, y empezó a vomitar...

Cuando se los llevaron individualmente para ser interrogados, tuvieron delante a dos soldados americanos y un intérprete árabe. Los tres les gritaban. Les acusaron de derribar el helicóptero.

Salem, Ahmad y Saltar declararon que, en el primer interrogatorio, les obligaron a arrodillarse en el suelo, con los pies en el aire y las manos levantadas.

Si dejaban caer los pies o las manos, les pegaban y les gritaban. Ahmad dijo que le obligaron a meterse el dedo por el ano y chuparlo. También le obligaron a chupar y masticar un zapato. Durante parte del interrogatorio, le taparon la boca con pañuelos de papel, de manera que le resultaba difícil respirar y hablar. A Saltar también le obligaron a meterse el dedo por el ano y chuparlo. Entonces le dijeron que se metiera el dedo en la nariz mientras duraba el interrogatorio, todavía arrodillado y con la otra mano en alto. El intérprete árabe le dijo que parecía un elefante...

Ahmad y Saltar dijeron que les habían puesto unos distintivos con una «C». No sabían lo que significaban, pero cada vez que, al ser conducidos de un sitio a otro dentro de la base, tropezaban con un nuevo soldado, éste les pegaba o les insultaba ⑨.

⑨ Greg Mitschell, «Exclusive: Shocking Details on Abuse of Reuters Staffers in Iraq», *Editor and Publisher*, 19 mayo 2004, que incluye extractos del informe del jefe de la delegación en Bagdad.

Diferentes soldados, diferentes unidades, diferente base; y, sin embargo, es obvio que buena parte de lo que podríamos llamar el «contenido temático» de los abusos es muy similar: las capuchas, los ruidos estridentes, las «posturas estresantes», las humillaciones sexuales, los ataques amenazadores y las violaciones –todo parece salido de un mismo guión, un guión tan sobradamente conocido por todos que, aparentemente, incluso los soldados que los empleados de Reuters encontraban casualmente en sus traslados por la base de Voturno sabían, y eran capaces de realizar. Todo esto, junto con el distintivo, sugiere un programa determinado que había sido diseñado a propósito y distribuido metódicamente con la intención, en palabras del General Sánchez, en su memorándum del 12 de octubre, de ayudar a los soldados americanos a «manipular las emociones y las debilidades de los internos».

3

Creo que tomasteis un sistema muy sofisticado de Gitmo, donde no se aplicaba la Convención de Ginebra... y lo pusisteis en manos de gente [en Irak] que debía haber estado conduciendo camiones o haciendo cualquier otra cosa en vez de custodiar prisioneros. Era un desastre anunciado.

Senador Lindsey Graham (Republicano de Carolina del Sur), Comisión de los Servicios Armados.

¿A qué «sofisticado sistema» se refiere el senador Graham? ¿Cómo puede calificar de «sofisticada» una brutalidad tan rara y ocasional?

Pese a que lo que podamos decir aquí se limita a lo que se sabe públicamente, al contrario del senador Graham y sus márgenes de seguridad, es posible rastrear, en la historia de los «interrogatorios extremos» desde finales de los cincuenta, un movimiento hacia técnicas más «científicas» y «sin contacto», las líneas generales de las cuales son demasiado evidentes en los tremendos relatos que nos llegan de Irak. La compilación más famosa de este tipo de técnicas, la podemos encontrar en el manual de la CIA *KUBARK Counterintelligence Interrogation*, de 1963, y particularmente en su capítulo «Interrogatorios coercitivos de contrainteligencia de fuentes resistentes», que incluye una observación según la cual:

Todas las técnicas coercitivas están diseñadas para inducir a la regresión... El resultado de presiones externas de suficiente intensidad es la pérdida de las últimas defensas adquiridas por el hombre civilizado... Con niveles relativamente pequeños de desarreglos homeostáticos (fatiga, dolor, sueño, pérdida o ansiedad), estas funciones pueden quedar mermadas ⑩.

La finalidad de dichos «desarreglos homeostáticos», según el manual de la CIA, es provocar un «estado de debilidad-dependencia-temor», que provoca en el prisionero la experiencia de «reacciones emocionales y motivacionales de un intenso temor y ansiedad»...

⑩ Véase *KUBARK Counterintelligence Interrogation*, julio 1963, disponible en «Prisoner Abuse: Patterns from the Past», National Security Archive Electronic Briefing Book n.º 122, p. 83; <www.gwu.edu/~nsarchiv/NSAEBB/NSAEBB122>. «KUBARK» es un nombre en clave de la CIA.

Se planean las circunstancias de la detención para *aumentar en el sujeto un sentimiento de aislamiento de todo lo conocido y tranquilizador; y de ser lanzado a lo desconocido...* El control sobre el entorno de la fuente permite al interrogador determinar su dieta, sus patrones de sueño y otros aspectos fundamentales. Manipulando dichas condiciones hacia la irregularidad, con el objeto de desorientarle, es muy probable que le provoque sentimientos de temor y de impotencia. (La cursiva es nuestra.)

De ahí el encapuchamiento, la privación del descanso, la alimentación irregular e insuficiente y la exposición a un calor o a un frío intensos. Como establece una versión posterior del manual, el «preguntador»

es capaz de manipular el entorno del sujeto, de crearle situaciones desagradables o intolerables, de romper los patrones del tiempo, espacio y percepción sensorial... Cuando se consigue dicha disrupción, la resistencia del sujeto queda seriamente mermada. Experimenta una especie de *shock* psicológico, que puede que tenga una duración breve, pero durante cuyos efectos se muestra... más dispuesto a colaborar... Es frecuente que el sujeto experimente una sensación de culpa. *Si el «preguntador» consigue aumentar esos sentimientos de culpabilidad, la ansiedad del sujeto también crece, y con ella su urgencia por cooperar, como medio de escape.* (La cursiva es nuestra) ⑩.

En esta perspectiva, las llamativas escenas de humillación que se desprenden de las fotografías de Abu Ghraib –los grupos de hombres desnudos en medio del edificio, encapuchados, las masturbaciones forzosas, la actividad homosexual forzosa y todo lo demás– empiezan a tener algún sentido. Son, de hecho, escenificaciones de vergüenza provocada, destinadas a «intensificar» el «sentimiento de culpa de los prisioneros, aumentar su ansiedad y urgir la cooperación». Mientras que algunos de los abusos que se desprenden de los informes de Irak, especialmente la privación sensorial y las «posturas estresantes» se parecen a los métodos utilizados por los servicios de inteligencia modernos, incluyendo los israelíes y los de los británicos en Irlanda del Norte, algunas de la técnicas parecen claramente diseñadas para explotar la especial sensibilidad de la cultura árabe hacia la vergüenza pública, especialmente en cuestiones sexuales.

El ejército americano, evidentemente, conoce bien dichas sensibilidades culturales; el otoño pasado, por ejemplo, el cuerpo de Marines ofreció a sus soldados, además de un curso de una semana de duración sobre las costumbres y la historia de Irak, un panfleto que incluía las siguientes advertencias:

No avergüences ni humilles a un hombre públicamente. Avergonzarle le convertirá, a él y a su familia, en contrario a las fuerzas de la Coalición.

Lo que más avergüenza es que haya testigos del hecho. Si tienes que hacer algo a alguien que pueda causar vergüenza, apártalo de la vista de los demás.

Encapuchar a alguien es considerado vergonzoso. Evita esta práctica.

Echar a un detenido al suelo o ponerle el pie encima implica que eres Dios. Es una de las peores cosas que podemos hacer.

Los árabes consideran impuros:

Los pies o las suelas de los zapatos.

Ir al servicio en público. A diferencia de los Marines, que suelen estar acostumbrados a los lavabos al aire libre, los hombres árabes no se duchan ni hacen sus necesidades juntos.

Los fluidos corporales... ⑪

Estos preceptos, creados para ayudar a los Marines a llevarse bien con los iraquíes mientras procedían a la ocupación, con el propósito de no hacer nada que les pudiera ofender, aunque fuera sin querer, se han pervertido en la mente de los interrogadores de

⑩ Véase Human Resource Exploitation Training Manual-1983, National Security Archive Electronic Briefing Book n.º 122, «Non-coercive Techniques»; <www.gwu.edu/nsarchiv/NSAEBB/NSAEBB122>.

⑪ Véase «Semper Sensitive: From Handout That Accompanies a weeklong Course on Iraq's Customs and History», Marine Division School, Harper's, junio 2004, p. 26.

Abu Ghraib y de otras bases militares. A los detenidos, se les mantenía encapuchados y atados; se les hacía arrastrarse por el suelo, muy a menudo bajo los pies de algún soldado americano; se les obligaba a morder sus zapatos. Y, en todos los casos, tal y como informó Cruz Roja, la naturaleza *pública* de la humillación fue absolutamente crítica; la exposición de cuerpos desnudos, la masturbación forzosa ante mujeres soldado, la confrontación de un prisionero desnudo con otro o con muchos otros; las «pirámides humanas» de prisioneros desnudos. Todo ello ante la atenta mirada, no sólo de los hombres y mujeres que allí había, sino también de la ubicua cámara digital con flash, para dar a entender al detenido que la humillación no terminaba en el mismo acto, sino que quedaría para la posteridad, imposible de controlar su destino. No importa lo que se propusieran hacer con las fotografías quienes las tomaron: para los prisioneros, la cámara tenía el potencial de exponer su humillación a la familia y amigos, y, por lo tanto, funcionaba como efecto multiplicador de la vergüenza, otorgando un poder enorme al interrogador. El prisionero tenía que obedecer al interrogador, si no quería ver su vergüenza llevada a límites insospechados.

Si, como sugieren los manuales, la vía para un interrogatorio efectivo radica en «intensificar los sentimientos de culpa», y con ellos «la ansiedad del sujeto y la urgencia por cooperar como medio para escapar», empezamos a comprender la extraña épica de los abusos de Abu Ghraib, que pasan poco a poco a convertirse, de lo que parecía una letanía sin sentido de sadismo y brutalidad, en una serie de acciones que, por horrendas que sean, responden a una cierta lógica que podemos reconocer. Más allá del informe de Reuters, no sabemos demasiado sobre lo que ocurría dentro de las salas de los interrogatorios; hasta hoy, los profesionales que trabajaban en ellas no han querido en general hacer declaraciones ^⑬. Sabemos, por las afirmaciones de algunos de los policías militares, que los interrogadores les daban algunas instrucciones específicas: «Aflójanos a este tío. Asegúrate de que pasa una mala noche. Asegúrate de que recibe el tratamiento». Cuando a uno de esos soldados, el sargento Javal S. Davis, le preguntaron por qué no protestó por el comportamiento abusivo, contestó que «consideraba que si estaban haciendo algo fuera de lo común o fuera del guión preestablecido, alguien debía haber dado la orden. Además, todo aquello era competencia de la Inteligencia Militar [IM] y, según parecía, el personal de la IM aprobaba dichas actuaciones.» Y sobre otro de los policías acusados dijo lo siguiente:

La gente de la IM, según creo, felicitaba a Graner por el trato que dispensaba a los prisioneros. Le decían cosas como: «Buen trabajo, se derrumban en seguida»; «Contestan a todo»; «Están soltando buenas informaciones» y «Continuad igual», cosas así ^⑭.

Como abogado defensor de otro de los acusados, el sargento Ivan Fredericks dijo a los periodistas:

No tenía por qué haber una orden directa. Todo el mundo es demasiado sutil e inteligente para ello... En realidad, lo que hay es la descripción de una actividad, la sugerencia de que podría ser de gran ayuda y el aplauso porque eso es exactamente lo que queríamos.

Estas afirmaciones corresponden a soldados acusados que, obviamente, tenían motivos para escurrir el bulto. Pese a que son muy pocos los miembros de la inteligencia militar que han hecho alguna declaración, y tres de ellos se han acogido a la protección de la Quinta Enmienda, que les permite guardar silencio ^⑮, quien sí que habló con los periodistas, el sargento Samuel Provence, confirmó la afirmación del sargento Davis, según el cual los policías cumplían órdenes:

^⑬ Aunque sabemos algo de lo que pasaba en otros centros de detención americanos como por ejemplo la base aérea de Bagram, en Afganistán. Véase Don Van Natta Jr., «Questioning Terror Suspects in a Dark and Surreal World», *New York Times*, 9 marzo 2003.

^⑭ Véase Scott Higham y Joe Stephens, «Punishment and Amusement», *The Washington Post*.

^⑮ Richard A. Serrano, «Three Witnesses in Abuse Case Aren't Talking: Higher-ups and a Contractor Out to Avoid Self-incrimination», *San Francisco Chronicle*, 19 mayo 2004.

La inteligencia militar tenía el control de la situación. Establecer las condiciones de los interrogatorios era competencia estrictamente de la inteligencia militar. No los llevaban a cabo ellos, pero ordenaban a los policía militares a despertar a los detenidos cada hora...

Provance explicó a los periodistas que «los más altos oficiales de la prisión estaban involucrados, el Ejército está desviando la atención hacia otro lado, para no cargar las tintas sobre el papel de la inteligencia militar»^⑬.

^⑬ Véase White y Higham, «Intelligence Officers Tied to Abuses in Iraq».

No hacían falta las afirmaciones de estos acusados para llegar a la conclusión de que lo que sucedió en Abu Ghraib y en las otras prisiones de Irak no fue la brutalidad ocasional de «unas pocas manzanas podridas» (argumento que ya se ha convertido en un clásico de la defensa de los gobiernos en casos de torturas). Uno no necesita apoyarse en la riqueza de las pruebas externas, incluyendo la visita del otoño pasado a Abu Ghraib, por parte del general mayor Geoffrey Miller, entonces comandante de Guantánamo (y ahora de Abu Ghraib), en la que, según el informe Taguba, «revisó la capacidad del equipo iraquí actual para explotar a los internos con la finalidad de obtener de ellos información procesable»^⑭; o el memorándum del teniente general Sánchez, del 12 de octubre, redactado después de la visita del general Miller, dando instrucciones a los oficiales de inteligencia para colaborar estrechamente con la policía militar para «manipular las emociones y las debilidades de los internos»; o las afirmaciones de Thomas M. Pappas, el coronel al mando de la inteligencia, según el cual «estaba muy presionado», a medida que la insurgencia crecía en intensidad, para «extraer la mayor información posible de los prisioneros»^⑮. Las pruebas internas (los terribles detalles sobre los abusos y la lógica narrativa que mantienen cuando los contrastamos con los métodos de interrogatorio del ejército americano y de las agencias de inteligencia) es suficiente para demostrar que lo que pasó en Abu Ghraib, fuera lo que fuera, no dependió sólo de la sádica ingenuidad de unas pocas manzanas podridas.

^⑭ Véase Informe Taguba, pág. 7.

^⑮ Véase Douglas Jehl, «Officers Say US Colonel at Abu Ghraib Prison Felt Intense Pressure to Get Inmates to Talk», *New York Times*, 18 mayo 2004.

Hasta aquí lo que sabemos. La verdadera cuestión, como siempre, no es lo que sabemos, sino lo que estamos dispuestos a hacer.

4

¿Debemos permanecer en Argelia? Si contestáis «sí», debéis aceptar todas las consecuencias que se derivan de ello.

Coronel Philippe Mathieu, *The Battle of Algiers* (1965).

Cuando, como joven oficial de los servicios de inteligencia, el difunto general Paul Aussaresses llegó a una Argelia aplastada por la guerra, hace medio siglo, y tropezó con su primer insurgente capturado, descubrió que los métodos de interrogatorio eran muy conocidos y bastante simples:

Cuando les tuve delante, empecé por preguntar qué era lo que sabían, pero se mostraron poco dispuestos a hablar...

Entonces, y sin dudarle un momento, los policías me enseñaron las técnicas de los interrogatorios «extremos»: primero, una paliza, que, en muchos casos, era suficiente; después, otros métodos, como las corrientes eléctricas... y, finalmente, agua. La tortura mediante corrientes eléctricas era posible gracias a los generadores utilizados para los radiotransmisores, muy comunes en Argelia. Se sujetaban electrodos a las orejas o a los testículos de los prisioneros, y luego se producían descargas eléctricas de diferente intensidad. Según parecía, aquel procedimiento era muy habitual...^⑯

^⑯ Paul Aussaresses, *The Battle of the Casbah: Terrorism and Counter-Terrorism in Algeria, 1955-1957*, trad. R. L. Miller, Enigma, 2002.

Aussaresses destaca que «casi todos los soldados franceses que sirvieron en Argelia sabían, más o menos, que la tortura era utilizada, pero no cuestionaban los métodos, por-

que no tenían que enfrentarse directamente al problema». Cuando, como oficial responsable, traslada un informe completo a su oficial superior sobre estos métodos, que –según dice– le permiten doblegar a los prisioneros para «obtener informaciones muy detalladas y nombres para hacer nuevas detenciones», éste muestra una reacción interesante:

«¿Está seguro de que no hay otra manera de hacer hablar a la gente?», me preguntó nervioso. «Quiero decir, otros medios más...»

«¿Rápidos?», le pregunté,

«No, no me refiero a eso».

«Sé lo que quiere decir, coronel. Se refiere a medios más limpios. Tiene la sensación de que todo esto no se adecua a nuestra tradición humanista.»

«Sí, a eso me refería», contestó el coronel.

«Incluso estando de acuerdo con usted, señor, si pretendo llevar a cabo la misión que me han encomendado, debo evitar pensar en términos morales, y hacer sólo lo que resulte más útil.»

La lógica de Aussaresses es la de un soldado práctico: un ejército tradicional sólo puede derrotar a una guerrilla resuelta a través de una información superior; sólo hay una manera de arrebatarse información a unos insurgentes endurecidos en sus posturas, a tiempo para hacerla «procesable», a través del uso de «interrogatorios extremos»: es decir, tortura. Por lo tanto, si quiere tener alguna posibilidad de prevalecer en Argelia, el Ejército francés debe torturar. La postura de superiores como su coronel le saca de quicio. La sola idea de «ensuciarse las manos» les repugna, y no digamos ya los políticos que, ante el menor síntoma de controversia sobre los métodos a los que se ve obligado a recurrir, le dejarían colgado, tachándole de «manzana podrida».

Ya hace tiempo que está claro que el presidente Bush y sus más altos funcionarios, al enfrentarse al mundo el 11 de septiembre de 2001, y en días sucesivos, tomaron una serie de decisiones sobre los métodos de guerra y de interrogatorio que el general Aussaresses, el soldado práctico, habría entendido perfectamente. El efecto de dichas decisiones –entre ellas la de encarcelar indefinidamente todos los capturados en Afganistán y en otras partes del mundo en la guerra contra el terror; la de designar a esos prisioneros como «combatientes ilegales» y privarlos de las protecciones de la Convención de Ginebra y, finalmente, la de emplear «métodos de alta presión» para extraer «información procesable» de ellos– han provocado que Estados Unidos, una nación que no usaba métodos de tortura, se haya convertido oficialmente en una nación que sí los usa. Las decisiones, a grandes rasgos, no han sido secretas. Los oficiales de otras ramas del gobierno las conocían, y también el público en general.

Las consecuencias directas de todas esas decisiones, incluyendo los detalles de los métodos interrogatorios aplicados en Guantánamo y en la base aérea de Bagram, empezaron a hacerse públicas hace más de un año. Hizo falta, sin embargo, que aparecieran las fotos de Abu Ghraib, en medio de la violencia y del caos provocado por una guerra cada vez más impopular en Irak, para que las torturas americanas a prisioneros pasaran a ser un tema de debate público. E, igual que el general Aussaresses reconocería algunos de los métodos utilizados por los americanos en sus salas secretas de interrogatorios –especialmente, la práctica de sumergir a los prisioneros en agua, casi hasta ahogarles, una técnica preferida no sólo por los franceses en Argelia, sino también por los argentinos, uruguayos y otros en Latinoamérica– ⑩, el general sonreiría desdeñosamente ante las contradicciones y las hipocresías del escándalo americano actual sobre Abu Ghraib:

⑩ Véase James Riesen, David Johnson y Neil A. Lewis, «Harsh CIA Methods Cited in Top Qaeda Interrogations», *New York Times*, 13 mayo 2004. *Brigada de Policía Militar 800* (Informe Taguba), por el General Mayor Antonio M. Taguba. *Informe del Comité Internacional de Cruz Roja (CICR) sobre el Tratamiento de las fuerzas de la coalición a los prisioneros de guerra y otras personas protegidas por la Convención de Ginebra en Irak durante su arresto, internamiento e interrogatorio*, por Delegados del Comité Internacional de la Cruz Roja, febrero de 2004.

los altos oficiales americanos, con sus galones, prevaricando ante los senadores; la «repugnancia» expresada por los oficiales sobre los hechos que revelan las fotografías y la continua insistencia de que lo que ocurrió en Abu Ghraib fue sólo, como manifestó el presidente Bush ante la nación, «la conducta vergonzosa de unos pocos soldados americanos, que deshonraron a nuestro país y no atendieron a nuestros valores». El general Aussaresses argumentó con franqueza a favor de la necesidad de la tortura, pero no calculó el coste político de lo que, al fin y al cabo, significa una guerra política. El general justificaba la tortura, como muchos otros, con el argumento de la «bomba a punto de explotar», como medida para proteger vidas que están en peligro inminente. Pero en Argelia, como ahora en Irak, la tortura, una vez autorizada, es utilizada, inevitablemente, de un modo generalizado; finalmente, se hace imposible sopesar si pesan más los beneficios militares en materia de información procesable, que se obtienen con la tortura, o las pérdidas políticas en una población cada vez alejada y en un mundo escandalizado por dichas torturas. Entonces, como ahora, se imponía un juicio de carácter político, no militar; los que lo hicieron ayudaron a perder la guerra de los generales.

Medio siglo después, los Estados Unidos se encuentran enzarzados en otra guerra política: no sólo la lucha contra la insurgencia en Irak, sino el esfuerzo más amplio, en palabras de la administración americana, de «transformar Oriente Medio» para que «no produzca ideologías del odio que lleven a lanzar aviones contra edificios de Nueva York y Washington». No podemos saber la validez de la información que los torturadores consiguieron extraer de los prisioneros, pero algunos altos mandos admitieron a *The New York Times* el 27 de mayo de 2004 que habían obtenido «pocos datos sobre el movimiento insurgente» en los interrogatorios. Lo que sí se desprende claramente de las fotografías de Abu Ghraib y de la terrible historia que nos cuentan es que han ocasionado un daño muy grave a lo que quedaba del prestigio moral de América en el mundo y por tanto a su capacidad de inspirar esperanza, en vez de odio, entre los musulmanes. La fotografías «no representan América», según afirma el presidente, y asentimos con la cabeza. Pero ¿qué significa eso exactamente? Como suele pasar, fue un cómico, Rob Corddry, en *The Daily Show with Jon Stewart*, quien puso en solfa la triste contradicción subyacente en todo esto:

No hay duda de que lo que ocurrió en aquella cárcel fue horrible. Pero el mundo árabe debería darse cuenta de que los EEUU no merecen ser juzgados por... bueno, que no merecemos ser juzgados por nuestras acciones. Lo que importa son nuestros principios, nuestras nociones abstractas, inspiradoras. Fijaos bien: que torturemos prisioneros no significa que eso sea algo que *haríamos*.

Las próximas semanas y meses, los americanos decidirán cómo afrontar lo que sus ciudadanos hicieron en Abu Ghraib, y lo que continúan haciendo en Guantánamo y Bagram y otras cárceles secretas. Con sus acciones decidirán si empiezan a cerrar el abismo que separa lo que dicen de lo que hacen en realidad. Los iraquíes, y el resto del mundo, estarán muy atentos para comprobar si se paran las torturas y si los responsables de ello, tanto civiles como militares, son castigados. Al fin y al cabo, tal y como nunca se cansa de repetir el presidente, esto es una guerra de ideas. Ahora, como queda claro a la vista de las fotografías de Abu Ghraib, la lucha estriba, también, en qué es lo que realmente representa América, si es que representa algo.